

Después de haber oído este relato, vinieron a pasar por la estación para ir a Orleans, donde se encontraba el punto de partida de la línea férrea que iba a Orleans. Después de haber oído este relato, vinieron a pasar por la estación para ir a Orleans, donde se encontraba el punto de partida de la línea férrea que iba a Orleans.

CAPITULO LXXIV.

ASCENSION.

Días 18 y 19 de Noviembre.

Al llegar á Tours encontramos infinidad de amigos que volvan de una emigracion de veinte años; muchedumbres de soldados, que entraban á la sombra de sus banderas; zuevos pontificios vueltos de oprimir á Roma para libertar á Francia; guardias movilizados que acudian de todas las provincias del Oeste; ingenieros destinados á fortificar á Orleans para que no pudiese caer á un nuevo golpe de mano; artilleros que reforzaban el ejército del Loira; franco-tiradores llegados de Nantes, y prontos á partirse hácia el Este para las guerrillas; voluntarios que venian de las anchurosas riberas del Plata á traer desde otro hemisferio su sangre generosa á las venas de Francia, demostrando así que, desde el punto en que proclamó la República, es la causa de Francia la causa de la civilizacion universal.

Entre las muchas personas que vinieron á mostrarme su afecto, hallábase un amigo que habia hecho rápido viaje en globo aereostático. Cinco eran los atrevidos aereonautas. A

las ocho de una mañana de Noviembre habian abandonado París, alzándose á los aires desde la estacion de Orleans. En quince minutos subieron ochocientos metros. En los primeros momentos parecian estar inmóviles. Desde aquellas alturas contemplaban París como un estudiante de geografia contempla un mapa en relieve. Los monumentos, los edificios, las calles, todo se dibujaba clara y distintamente á su vista. Una hora están sobre París como si París los atrajese, ó como si el globo obedeciera á las ideas, á los sentimientos de su tripulacion, y no quisiese apartarse de aquella gran ciudad, más amada de sus hijos cuanto más perseguida y desdichada. En dos horas el viento los ha llevado hácia el bosque de Bolonia, desde donde pasan pronto sobre las líneas prusianas. Los soldados enemigos se dedican á cazarlos. Las descargas suenan, las balas silban, pero ninguna les toca. En cambio los navegantes llueven sobre los prusianos hojas republicanas impresas en París.

A la disminucion del lastre corresponde rápido ascenso. Desde una niebla frigidí-

sima, dentro de cuyos pliegues apenas se veían los viajeros mutuamente las caras, cual si en vez de subir á las espléndidas regiones de la luz descendieran á los abismos, comienzan á entrar en espacios más iluminados. Primero el sol, pálido como una gigantesca pavesa, extiende por las nubes mortecinos reflejos. Despues salen de esta oscuridad y entran en pleno azul, en aire puro, luminoso, alegre, donde la vista y el pensamiento se dilatan. ¡Maravilloso espectáculo! me decían. A nuestras plantas, blancas nubes como encrespado Océano de nieve; sobre la cabeza el cielo en azul espléndido y en su serena alegría; por todas partes la inundacion de los rayos solares quebrándose en reverberaciones increíbles, en arreboles que la fantasía no puede combinar; al Oriente rojas fajas de vapores con fuerza iluminados; al ocaso, tintas desvanecidas, tintas de colores del mar; el astro del día subiendo á su zénit en aquella soledad, como si brillase únicamente para los séres que lo contemplan desde la frágil nave; y allá en lo profundo la sombra del globo, proyectándose sobre las nubes, sombra oscurísima, rodeada de una aureola resplandeciente con todos los colores del iris. En estos momentos llegaron hasta dos mil metros. El viento empezó á tener fuerza, y el globo á marchar con celeridad. A través de las nubes pasaban á los ojos de los viajeros los pedazos de tierra, los campos, las ciudades, los rios de una manera tan rápida, que daba vértigos y producía el efecto de los colores de un cuadro disolvente. En algunos momentos creyeron haber andado hasta encontrarse sobre el Océano por la parte del Havre. Pero no se habian alejado tanto. Cerca de las cuatro de la tarde bajaron en el departamento

del Eure. Habian recorrido en ocho horas un trayecto de noventa y cuatro kilómetros. El peso total con toda su carga de aquel pájaro gigantesco, era mil cuatrocientos treinta y seis kilos. Estas inmensas aves artificiales, y las inteligentes palomas mensajeras, son los medios únicos que tiene París asediado, de comunicarse con las provincias.

Despues de haber oido este relato, vinieron á decirnos que pasaban por la estacion prisioneros alemanes, enviados de orden del gobierno en direccion al Mediodía. Inmediatamente salimos para verlos. Imposible poder examinarlos con detenimiento, porque todos, á pesar de haberse detenido el tren, quedaron en sus wagones. Pude observar algunos que llevaban levita azul celeste con sardinetas blancas sobre el pecho, morrion de pelo bastante descomunal ornado por una especie de pañuelo de grana que les caía sobre el hombro izquierdo. No podian desmentir su raza: todos altos, todos blancos, todos rubios, todos de azules ojos, todos de temperamento sereno y de aspecto frio é impasible. El gobierno habia decidido enviarlos á Pau, donde el cielo brilla, donde las montañas toman el esmalte de nuestras arrebolados aires, donde el limonero perfuma el hondo valle, mientras allá en las cumbres altísimas resplandecen las cristalinas nieves. Indudablemente el hijo del Norte conservará por el Mediodía aquel amor que le empujó al principio de nuestra era desde las estepas de la Tartaria hasta los campos floridos y las ciudades marmóreas de las orillas del Mediterráneo, el mar de la luz, el mar del arte, el mar de la civilizacion. Y si conserva este amor ¿por qué maltrata tanto vuestras tierras?

CAPITULO LXXV.

TOURS.

Día 20 de Noviembre.

Mucho se habla de la respectiva civilizacion de la raza germánica y de la raza latina, del pueblo francés y del pueblo alemán. Uno de los primeros hombres de Europa, Gladstone, á pesar de hallarse al frente del gobierno inglés, como si no pudiera olvidar su antigua condicion de literato y erudito, ha publicado en la *Revista de Edimburgo* un artículo sobre la guerra, en el cual trata, por incidencia, de la respectiva cultura de Francia y Alemania. Muy sábio es ciertamente el pueblo alemán, que cuenta en su ejército seis soldados, los cuales dirigen cartas á sus familias escritas en correcto sanscrito. Muy atrasado está el campesino francés, que pregunta á su alcalde cuando Napoleon le llama al plebiscito:— «¿Qué es eso de bebiscito, señor alcalde?»— «Bebiscito, dice el alcalde, es una palabra latina que quiere decir: sí.»—Mas sus facultades se equilibran. El pueblo alemán es más instruido que el francés, por su excelente enseñanza primaria y superior. Pero el pueblo francés, sin duda alguna, á pesar de su

ignorancia plebiscitaria, es más inteligente que el pueblo alemán por la viveza de su carácter y la rápida comprension de su entendimiento. Uno y otro se necesitan para elaborar la civilizacion universal; uno y otro se completan sobre la tierra. ¿Por qué luchar? ¿Por qué abrirse mutuamente las venas y emponzoñar de sangre humana los campos, de sangre humana los aires, que debian purificar y embellecer con la fecunda virtud del trabajo? ¿Por qué combatir, cuando la ciencia de uno se refleja en la frente del otro; cuando la libertad del uno rompe la cadena del otro; cuando son hermanos que llevan en su sér el mismo espíritu y que necesitan para sostener ese espíritu el alimento de las mismas ideas?

La monarquía es la clave de todos estos enigmas. Al volver de la estacion pude advertir el aspecto militar que presenta Tours. Los cañones rodaban por el gran boulevard del Mediodía. Innumerables carros cargados de provisiones iban tras la artillería. Los guardias móviles pasaban á nuestro lado cantando el himno nacional, *La Marsellesa*. Los

franco-tiradores nos rodeaban. A un extremo de la calle Real se veía bajo los pliegues de la sagrada bandera de Ginebra, el hospital de sangre, en cuya puerta departían ciudadanos de todas las naciones, atraídos por la caridad, llevando al brazo la enseña blanca con la cruz roja de la ciudad republicana, que ha querido aliar la humanidad con la guerra. Los coraceros envueltos en su capa blanca, los infantes de encarnado uniforme, los ingenieros vestidos de paño negro azulado, los zuavos con su aspecto oriental, los voluntarios pontificios de traje gris ribeteado por vivos carmesíes, y sus oficiales con los trajes celestes recamados de áureos galones; los soldados americanos, caballeros de la democracia universal que se acuerdan de Lafayette y pagan á Francia una deuda olvidada, todos de aspectos y de maneras severísimas que recordaban los antiguos puritanos; los irlandeses agrupados en torno de su bandera verde; tantas legiones, si decían algo á los ojos, de-

cian más al pensamiento, pues recordaban que ya un pueblo libre no representa sus propios intereses, sus propias ideas, sino que transfigurándose en el Tabor de sus instituciones, representa las ideas y los intereses de la humanidad. Francia necesitaba una época de disciplina severa que le devolviese la energía perdida en el sensual y orgiástico Imperio. La sociedad no quiere que el equilibrio de la vida humana se pierda, y lo restablece por grandes y terribles catástrofes. Diez siglos de penitencia en los claustros costó al mundo el epicureísmo de Roma imperial. Y cuando el ascetismo llegó á extremarse, vino el Renacimiento á devolver á la humanidad las formas paganas, y la embriaguez de la vida en la naturaleza. El equilibrio humano jamás puede perderse. Francia en las presentes desgracias adquirirá la austeridad que necesita para salvar y conservar la República. Tal es mi fé; tal es también mi esperanza.

CAPITULO LXXVI.

¡PENAS TERRIBLES!

Día 22 de Noviembre.

¡Quién conocería hoy á París! La antigua Sibarís de los placeres infinitos, de las cenas babilónicas, de los bailes vergonzosos; el asilo del vicio, el templo de la sensualidad, severa, recogida, como en su viudez la Jerusalén del profeta, se baña en fuego, se limpia de todas sus manchas, y se purifica en una purificación radical y profunda que trascenderá á toda la humanidad. El dolor es un elemento regenerador en la vida. Su virtud lo convierte en redención. París, París hoy, asediada, reducida á comer carne de asno y de caballo, coronada de fuertes en vez de flores, presa de la guerra, con el cañoneo por toda música, el combate por todo espectáculo, y el sayal del soldado por todo lujo, parece más envidiable que aquella ciudad de las delicias sin cuento, de las fiestas sin número, donde el arte trenzaba todas sus coronas, donde los refinamientos de la cultura humana hacían todos sus prodigios; porque París hoy aprenderá en esta triste pasión, que los pueblos viven, no tanto de su riqueza y de su indus-

tria, como de esa vida moral cuya fuente se encierra en el seno de la libertad. Padecer, cuando se padece por la justicia, es progresar, es revivir en las cimas de lo ideal. La guerra, el incendio, el hambre, las trombas de metralla, las tempestades de fuego, el asalto en que enemigos rabiosos y delirantes renuevan los antiguos sacos de Roma, podrán aventar las cenizas de la gran ciudad á los cuatro puntos del horizonte; pero no podrán extinguir ese espíritu, ático por lo brillante, romano por lo universal, que ha divulgado la idea del derecho entre los pueblos y la ha grabado indeleblemente en la conciencia humana, como el sol de la moderna sociedad.

De vez en cuando llegan á nuestras manos cartas que algún amigo nos envía, sin que pueda esperar la respuesta. Por ellas, por la diligencia de los periódicos, y sobre todo, de los periódicos ingleses, puede formarse aproximada idea de París, de ese París sitiado, de ese París mártir, que defiende las dos causas más caras al corazón humano, la causa